



Maria de  
la Pau Janer Todos  
los nombres  
de Helena



DESTINO

Todos  
los nombres  
de Helena

Maria de  
la Pau Janer

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1583

Título original: *Tots els noms d'Helena*

© Maria de la Pau Janer, 2022

© Columna Edicions, Llibres i Comunicació, S. A. U.

© por la traducción del catalán, Rosa María Prats, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

La traducción de esta obra ha contado  
con una ayuda del Institut Ramon Llull.

**LLL** institut  
ramon llull  
**Lengua y cultura catalanas**

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-233-6186-1

Depósito legal: B. 11.075-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Black Print CPI

*Printed in Spain* - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# I

A los doce años, tocaba la lira y tensaba un arco de madera de olmo para cazar cabras salvajes. El viento soplabo por los pasillos del palacio de Esparta. Cuando Helena corría detrás de una presa se sentía libre. Los árboles se alzaban cerca del monte Taigeto.

Las leyendas decían que había nacido de un huevo azul. Su madre no soportaba la visión del plumaje de los cisnes salvajes. Una vez, descubrió que conservaba tres plumas en una caja, ocultas bajo llave. La profecía de Delfos había marcado con fuego el futuro de Helena: «Serás la ruina de Asia y de Europa. Serás la muerte de los griegos».

En las escasas salidas fuera de los muros, cuando contemplaba los olivos y los cipreses, llevaba un velo que le cubría el rostro. Jamás le permitieron verse en un espejo. No sabía de qué color tenía los ojos ni cómo era la forma de sus labios. Tenía miedo de sufrir alguna deformidad, y no hacía preguntas. Mientras sus hermanos entraban y salían, ella vivía recluida. Se acostumbró a los silencios de la familia, a los cuchicheos de los sirvientes, a las canciones que entonaban los bardos cerca del fuego en las noches de invierno, que nunca mencionaban su nombre porque estaba prohibido.

A Helena le encantaba correr al viento. Como era rápida, sus hermanos la llamaban Atalanta, que había sido la mujer más veloz. Era hija de Tíndaro y de Leda, reyes de Esparta. Su belleza era desconcertante, capaz de hipnotizar a quien la mirase, de capturar voluntades. La gente del pueblo decía que Zeus adoptó la forma de un cisne para copular con Leda, seducido por sus cabellos negríssimos. Su padre era un dios y su madre, una mujer mortal, triste suerte la de quien nace en medio de dos universos sin pertenecer del todo a ninguno. Helena de Esparta no era inmortal como los dioses. Tampoco era únicamente humana, porque la belleza le otorgaba un don sobrenatural. No se parecía a sus hermanos, que habían heredado las facciones de Tíndaro. Era luminosa, espléndida. Quisieron protegerla de ese poder, que podía convertirse en una condena, y no permitieron que nadie viera su rostro hasta que cumplió los quince años. Entonces sus pretendientes viajaron a Esparta con la intención de casarse con ella. Había dos motivos poderosos que atraían a príncipes y grandes señores: era la heredera de Esparta, después del casamiento de su hermana mayor, Clitemnestra, con Agamenón, rey de Micenas. Agamenón era robusto, tenía el pelo y la barba oscuros, y, ambicioso como era, buscaba alianzas para fortalecer su poder.

Por otro lado, la leyenda de la belleza de Helena voló lejos. ¿Quién fue capaz de contarla? Muchos intentaron cantar la perfección de su rostro, pero no pudieron. El hechizo de la hija de un dios no se puede describir. Tiene algo intangible, superior, obvio para las miradas, pero insuficiente para el lenguaje humano. A pesar del poder de las palabras, estas solo podían dibujar la sombra de Helena, aunque ella fuese la claridad.

Agamenón llegó a Esparta acompañando a su her-

mano Menelao, con la intención de casarlo con Helena. Dos hermanos unidos a dos hermanas. Micenas y Esparta, invencibles durante muchas generaciones, quizá para siempre.

Helena fue una buena tejedora. Lo que no decían sus labios lo expresaban sus dedos. Cuando los pretendientes se reunieron con Tíndaro en el megarón bordaba un pavo real. Cada uno traía una prenda, algún elemento que hablara de él o de sus habilidades; algunos eran muy jóvenes y otros, muy viejos. Fueron días de fiestas y de banquetes. Cuando Helena estaba ya harta de ver rostros poco gentiles, descubrió a Menelao. El amor de la mujer más bella del mundo es como el amor de la luna: ninguna otra mujer ni ninguna estrella tienen su resplandor.

Helena no lo amó. No enloqueció por él ni sintió que se le aceleraba el corazón al mirarlo. Encerrada entre los muros, no se había dedicado a soñar el amor. Lo escogió por una mezcla de circunstancias fortuitas, como que tenía el pelo de un rubio rojizo que le suavizaba la expresión del rostro, en el que no encontró la ferocidad de Agamenón, sino un ademán de admiración sincera, rotunda, que la halagó. Los que la rodeaban se cohibían de manifestar los efectos que provocaba y procuraban disimularlos para protegerse. Helena estaba harta de la procesión de pretendientes, de los discursos poco interesantes, de los festines en los que se vaciaban las bodegas de su padre y se devoraba la carne de los bueyes.

En Esparta, las mujeres podían reinar desde tiempos antiguos. Menelao nunca sería rey de Micenas, donde su hermano llevaba las riendas del Gobierno, de modo que, tras la boda, Helena no tendría que abandonar los lugares que amaba. Ese argumento calmaba

la inquietud de la joven: el mundo podía permanecer inmutable a la orilla del Eurotas. Rechazó a Áyax, hijo de Telamón, el rey de Salamina, que tenía la altura de un gigante. Rechazó a Idomeneo, rey de Creta, donde abundaban los pastos, los olivares y las viñas, experto en contar relatos épicos. No aceptó las riquezas del ateniense Menesteo, que le prometió barcas, palacios y piedras preciosas.

El día antes de la boda, Helena de Esparta miró su rostro por primera vez. Fue sola al río y espió su reflejo. Comprendió que era distinta. Deslumbrada por su propia imagen, no pudo soportarla. Le hacía daño. Le lanzó guijarros, hasta que el temblor del agua distorsionó la forma.

Siglos más tarde, en Barcelona, Eva abrió la puerta. Hacía muchas horas que se había marchado de casa. Salía antes de las primeras luces, después de un desayuno frugal. Aunque sus jornadas exigían una alimentación sólida, era incapaz de tragar nada. Con el pelo recogido, sin maquillaje, vestida con unos vaqueros y un jersey, salía a la calle. Estaba preparada para las inclemencias del día. Durante el trayecto, empezaba la metamorfosis: meterse en la piel de otra no era fácil. Esa era la gracia. Tenía que revivir las escenas, guiarlas del cerebro a las emociones. Ahora era ella; después ya no lo era. En apariencia, muy fácil; en el fondo, la única forma en que sabía entender la vida, bajo mil disfraces.

Había jugado a eso desde niña: era un pirata, un monstruo con la piel de escamas, una alquimista o una mendiga. Podía convertirse en la odalisca seductora, la prisionera de un terrible bandido o la reina del mundo.

En cada papel, volcaba todo lo que llevaba dentro. Había una parte de ella misma y otra que jamás habría reconocido como propia, desenterrada de lugares desconocidos. Cuando adoptaba la voz de alguien, olvidaba quién era, mientras el personaje dejaba de ser una criatura imaginada por un escritor. El universo se alteraba hasta diluirse y la ficción se volvía sólida. Estaba segura de ello: si no conseguía creerse el papel, ¿a quién pretendía convencer? Si era lo bastante hábil cuando actuaba, podría seducir, amenazar, ganar voluntades... Todo era posible cuando la iluminaban los focos.

En casa, en aquel piso de sesenta metros cuadrados, volvía a ser la de siempre: una criatura superada por el miedo a vivir, pero que cuando interpretaba se volvía poderosa. Se movió entre los libros esparcidos por el suelo, la ropa desordenada, los guiones sobre la mesa de la cocina. Abrió la nevera, escasa en provisiones, y sacó un paquete de rollitos de primavera precocinados. Se duchó. Agua muy caliente, jabón, la fatiga concentrada en las sienas. Podía sentir la tensión vivida. Tenía el mejor trabajo que hubiese podido soñar, pero pagaba un precio alto por ello: la exigencia, el aislamiento del mundo.

Vestida con un albornoz viejo que le recordaba a los peluches de la infancia, contestó al móvil:

—Dime, Chiara. —Su voz tenía un tono cansado que no se preocupó de disimular.

—Perdona que te moleste. Es tarde. Debes de estar agotada... —La otra hablaba entre la timidez y la excitación.

—Ha sido un día largo. —Hizo una pausa—. Muy largo.

—Lo sé. He intentado coincidir contigo. He ido a maquillaje, pero hoy no me han dejado entrar.

—Me concentro cuando me transforman en ella. Es un proceso complicado.

—Naturalmente, pero mañana tengo que grabar la escena de la tormenta. Estoy nerviosa, no me había pasado nunca; esta vez todo es distinto. No hago el trabajo de siempre. No se trata de rodar momentos difíciles, arriesgados; eso no me da miedo.

—¿Qué te da miedo entonces? —La habría enviado a tomar viento.

—El personaje.

—¿El personaje que en realidad protagonizo yo? No lo entiendo.

—Me lo puedo imaginar. No sé explicarlo. Estoy confundida, nunca me había pasado algo así.

—Sé concreta, por favor.

—Soy tu sustituta para las escenas de riesgo, y estoy preparada para hacerlo, nunca he vacilado en un rodaje. En esta ocasión, sin embargo, el personaje es diferente. Me supera.

—¿A ti? —Eva no disimuló la sorna.

—Te he dicho que la protagonista eres...

—¡Soy yo! Exacto. Te limitas a ocupar mi sitio cuando hay peligro de que me pueda romper un hueso. Nada más. No eres la responsable del personaje.

—Me lo he repetido cien veces. Entiéndeme: no quiero ofenderte, no pretendo herir tu sensibilidad. La actriz eres tú. Soy prescindible, pero ella es... No sé cómo decirlo. ¿Fascinante?

—Sí.

—Tengo pánico de no estar a la altura, aunque mi papel sea minúsculo.

—Quien tiene que estar a la altura soy yo, no lo olvides. El esfuerzo me agota y no es el mejor momento

para escuchar tus paranoias. ¿Has hablado de esto con Ferran?

—No puedo. ¿Cómo quieres que le explique al director que me da miedo no ser una buena suplente de la protagonista para las escenas peligrosas?

—¿Por qué no?

—Existe la posibilidad de que busque a otra persona para ocupar mi lugar.

—Podría ser una buena idea. Si sufres tanto, deberías dejarlo. No tendrás dificultades para encontrar otro rodaje. Eres buena en lo que haces.

—¿No lo entiendes? Puedo permitirme perder el trabajo, pero no este personaje. Aunque mi papel en la historia sea insignificante, ella fue tan grande que...

—¿Qué?

—Interpretarla, aunque sea como tu doble, me engrandece a mí. Este papel justifica toda mi carrera.

—Estás loca. En todo caso, eso lo tendría que decir yo.

—¿Y no lo dices?

Se hizo un silencio incómodo. Finalmente, llegó la respuesta:

—Sí.

Habían coincidido en algunas películas: Chiara y Eva, dos mujeres situadas en las antípodas. La primera, especialista en jugarse la vida, amante del peligro, de las emociones fuertes, acostumbrada al entrenamiento físico y al control mental. La segunda, actriz desde que tenía memoria, alumna aplicada de grandes profesores. Había estudiado en Barcelona y en Francia, y había dedicado su vida a aprender técnicas de interpretación, a trabajar la voz, la gestualidad. Era apasionada y fría a la vez, en un extraño equilibrio entre el corazón y la cabeza, y sabía meterse en otras vi-

das con facilidad. Se transformaba como si fuera de barro, aunque estaba hecha de acero.

No eran amigas. Compartían la dificultad para relacionarse con los demás. Nunca habían sido sociables. Tenían universos propios complejos: profesiones absorbentes que demandaban un rendimiento alto, un nivel de autoexigencia que no permitía demasiadas distracciones. Tampoco sentían una especial simpatía mutua. Chiara admiraba a la actriz que era Eva. A Eva le gustaba ver a Chiara jugar con el riesgo. No se lo habrían confesado jamás la una a la otra. Incluso había una cierta jerarquía en la forma de relacionarse: la actriz dejaba muy claro cuál era el papel de la doble. Por muchas acrobacias que dominase, siempre quedaría en un último plano. Quien daba vida a los personajes era ella.

A Eva le molestó la llamada. Se lo planteó sumergida en una butaca, protegida por el albornoz, mitad aspereza de muchos lavados, mitad suavidad y aroma. Sujetaba los papeles del día siguiente mientras repasaba los textos, aunque le costaba aparcar la conversación. ¿Cuántos años tenía Chiara? Ella había cumplido los treinta. No hubo tarta de cumpleaños. Había pensado que podría comprarse algo, pero no tenía tiempo para perderlo yéndose de tiendas ni ninguna ilusión concreta. Todos los deseos desaparecían, engullidos por la figura a la que interpretaba. No tenía ambiciones ni sueños propios, porque adoptaba los de sus personajes.

Oyó el timbre de la puerta. Era Ferran. Lo adivinó antes de abrir, cuando todavía no había visto el rostro de expresión firme, los ojos impacientes.

—Hola. —El hombre hablaba con una media sonrisa—. No sabía si me dejarías en la calle.

—¿Cuándo he hecho yo algo así?

—Nunca, aunque siempre hay una primera vez. Bromas aparte, dudaba si subir. Sé que necesitas dormir. Pero justamente...

—Pasabas por aquí.

A Eva se le escapó una sonrisa traviesa.

—Exacto. No he podido resistirme a la tentación.

—He intuido que eras tú.

—¿Te has convertido en una brujilla con poderes o lo has sido siempre?

—Lo soy desde que tengo memoria. ¿Cómo habría podido negarle la entrada al gran director? La promesa del cine actual, galardonado y reconocido en todas partes.

—Claro. El que te ha escogido para protagonizar su última película.

—El mejor director. —Volvió a sonreír—. Y el mejor amante.

—¿Sabes por qué te escogí a ti?

—¿Porque siempre te he gustado?

—Cierto, pero ese no es el motivo de mi elección.

Eres una magnífica actriz, Eva; me lo demuestras cada día en el plató. No habría podido soñar con una protagonista como tú. Das vida al personaje, lo reinventas. Bajo los focos, eres ella.

—Me siento ella. Déjame que juegue. Eres...

—¿Paris? —El rostro se relajó y las facciones perdieron su rictus de dureza.

—¡¡No!! —Reía.

—¿Cómo que no? ¿Entonces quién?

—Héctor.

—¡Eres increíble! Aprovechas cualquier ocasión para llevar la pelota a tu campo. Te he dicho que Héctor no será el protagonista. No lo es en el pensamiento de la gente.

—¡Qué más da! Tú quieres hacer una gran pelícu-

la, olvídate pues de lo que está establecido. Héctor es su amor. Estoy segura.

—¿Y Paris?

—Una ilusión que la ayuda a huir.

—¡Qué reina de Esparta habrías sido en la vida real! —En sus palabras había burla y admiración.

—Reina de Esparta, princesa de Troya.

—Sí, Eva.

—Mi nombre es Helena. No te equivoques.

Eva compartió la cena con Ferran. Hacía poco que se conocían, pero la seducción fue inmediata, de una intensidad inimaginable en la vida real. Hasta que lo encontró, enloquecer de deseo solo era posible en una película. Cuando se miraron, supo que la mujer que era —no alguna de las que le servían para refugiarse— experimentaba una atracción poderosísima, que la razón no la ayudaba a comprender. Los dos sabían por referencias quién era el otro. El galardonado director de cine admiraba a la actriz que había visto en la pantalla y pensó en ella cuando se decidió a rodar una historia sobre Helena de Troya. Fue un presentimiento: había encontrado la mezcla de fuerza y vulnerabilidad, de caudal dramático y juego de vivir, de misterio y de desnudez. La mujer camaleónica que dominaba mil registros de forma casi innata, pero que trabajaba incansablemente, la protagonista de la guerra más terrible de todos los tiempos. Una guerra causada por la belleza de una mujer o por la ambición de poder de unos príncipes.

Abrieron una botella de vino tinto. Eva puso en la mesa unos quesos, preparó tostadas. Con Ferran, la vida era amable. Convertía el mundo en un refugio donde existir resultaba una delicia. Se sentía pletórica, capaz de superar todos los conflictos. Cualquier

acto habitual, incluso rutinario, adquiriría matices de aventura. Le daba fuerza para actuar mejor. La ayudaba a crecer cuando Helena estaba bajo los focos, pero también mejoraba a la Eva que solía dudar. Intentó convencerla:

—Tienes que mentalizarte: el héroe de Helena fue Paris. ¿No te has leído bien el guion?

—Naturalmente. No te preocupes. Tengo claro cómo debo interpretar el encuentro con Paris. La reina de Esparta vive triste, aprisionada por la oscuridad de los muros de palacio, pero también por un marido mediocre.

—Menelao fue un error.

—Se equivocó al escogerlo, aunque era demasiado joven para saberlo.

—La hija de un dios no debería cometer errores como ese.

—¿Cómo puedes decir eso? Los mismos dioses se equivocaban. Tenían los defectos y las cualidades de los humanos multiplicados por el infinito. Eran envidiosos, víctimas de los celos, competitivos, volubles, llenos de caprichos...

—Lo sé. Esa es la gracia. —Le guiñó el ojo—. No te lo tomes tan en serio. Relájate.

—Los mortales son víctimas de los dioses.

—¡No, no! Los mortales siempre son víctimas de otros mortales.

Se rieron. Las conversaciones con Ferran solían acabar en una plácida sensación de complicidad. Eva no recordaba haberse sentido tan cerca de nadie. Cuando discutían, se lo pasaban bien. Era buscar el encuentro desde el desacuerdo. Provocar un duelo de palabras resultaba muy satisfactorio. Si él la dirigía, actuar se transformaba en un reto doblemente atractivo.

Habían rodado la escena de la boda de Helena y Menelao. El decorado se situaba en un bosque detrás del palacio de Esparta, en plena primavera. La noche antes, la novia había ayunado para conseguir la bendición de los dioses. Llevaba un vestido dorado, casi del mismo color que su pelo. Cada día, en el proceso de metamorfosis, ponían a Eva una peluca rubia. Su pelo castaño desaparecía como por arte de magia. Dirigía el ritual una sacerdotisa de Perséfone. Unió las manos de los novios con flores; los bañó con las aguas sagradas de la Fuente de Castalia de Delfos para que fueran sabios; les hizo tocar el hilo rojo que le ceñía la cintura, garantía de fidelidad en el matrimonio; perfumó el aire con incienso para que ayudara a hacer volar sus plegarias hasta el cielo. Caminaron dibujando un círculo, que representaba la casa acabada de formar. En una reminiscencia de los antiguos raptos de las mujeres para el matrimonio, Menelao la agarró fuerte por la muñeca. Entonces le puso un collar de oro. A Helena le pareció que las anillas del collar la tiraban hacia la tierra. El rostro de Eva-Helena estaba serio, como si tuviera que soportar un peso de siglos.

Los invitados ocupaban una nave del palacio, ornamentada con mirto y rosas. Sonaron las flautas entre las conversaciones. Había pasteles de sésamo, de miel, de aceite. Se servían higos secos, dátiles de Egipto. Se asaron cabritos, terneras, ovejas y bueyes. Se vaciaron las ánforas llenas de vino. Durante el banquete, la novia parecía ausente. No acababa de creerse que estuviera casada con Menelao, casi un desconocido. Lo eligió porque lo intuyó cómplice, pero lo sentía un extraño. Tenía las facciones transformadas por el orgullo de haberla conseguido, la alegría de ser el esposo de la mujer más bella, la incredulidad de haber cum-

plido un sueño. Se acercó a ella, vencida la timidez por el alcohol, y le murmuró al oído: «Me hace feliz saber que cada mañana me despertaré a tu lado».

Entre las sábanas revueltas después del amor, Ferran contemplaba el rostro de Eva. Ella le devolvía la mirada. Ambos se refugiaban en un mismo silencio. Al principio, trataron de entender qué les había pasado. ¿Cómo puede el corazón aumentar tanto sus pulsaciones? ¿Por qué ese temblor de las manos o la dificultad para pronunciar un discurso coherente? La actriz debía esforzarse en disimular los cambios de color de su cara, que iba de la palidez al rosado, incluso al rojo, que delata la pasión u oculta un corazón que ama. El director intentaba controlar la situación ante la mirada de los demás. No soportaba exhibir lo que consideraba una debilidad. Se echaba en cara las actitudes adolescentes, la falta de autodominio.

Eva le planteó la posibilidad de dejar el rodaje. No había bastante distancia entre los dos, le dijo. Era preciso buscar otra Helena. Él rechazó la propuesta, indignado. Había elegido a la protagonista que necesitaba, la única que satisfacía su nivel de exigencia. Debían separar las cosas. Del mismo modo que la pasión los empujaba a abrazarse, la cabeza les decía que tenían que llevar adelante un proyecto: la mejor película en la que habrían trabajado nunca. Eva cedió porque el entusiasmo por el personaje era casi tan grande como el sentimiento que el hombre le inspiraba. Lo quería disfrutar todo, no era capaz de renunciar en nombre de nada.

Con las piernas enlazadas, formaban un único cuerpo. Así se sentían. ¿Y las almas? Ambos habrían jurado que, cuando hacían el amor, cada uno se fundía con el otro. Él le dijo:

—Mañana ruedas una escena difícil.

—Todas lo son.

—¿Qué quieres decir?

—Es una película intensa. No hay escenas fáciles.

—De acuerdo, pero la noche de bodas de Helena y Menelao nos indica cómo será el matrimonio.

—Sí. Da muchas pistas. Me atrevería a decir que justifica todo lo que vendrá.

—¿Por qué?

—Una mujer como Helena estaba condenada a ser infeliz con un esposo que fuera un mal amante.

—No tenía experiencia para compararlo con ningún otro.

—El placer que un cisne le dio a su madre no podía encontrarlo en los brazos de aquel hombre. Y la belleza...

—¿Qué?

—La belleza disfruta del placer.

—No sé para qué me preocupo. Interpretarás una magnífica escena. Es curioso: escogió a Menelao, pero podría haber elegido a Ulises.

—Tendría que haberse marchado a Ítaca. No estaba preparada para partir.

—A la cita de los pretendientes fue también Aquiles. ¿Te lo imaginas?

—Aquiles era muy joven. Le pareció un niño precioso. No tenía nada que ver con el héroe que fue luego.

—Tienes razón. —Ferran se rio—. Me gusta ver cómo has analizado todos los ángulos de la historia.

—He hecho lo que he podido, pero es demasiado compleja para poder acercarse del todo a ella. ¿Has pensado que Aquiles mató a Héctor?

Volvió a mirarla.

—He pensado que me gustaría despertarme contigo todas las mañanas del mundo.